

muerte. Cuando exige la fe, es porque la acción está comprendida en ella; cuando insiste en la obra, entonces, todos los que tienen su espíritu, saben que ella pone la fe y el servicio de Dios en primer término. ⁽¹⁾

Por esto el Cristianismo, no sólo es una religión más elevada en comparación de otras imperfectas, sino que es la religión de la totalidad, la religión de toda la relación entre lo natural y lo sobrenatural, entre Dios y el hombre, la religión del hombre completo, la religión, así del espíritu como de la vida; en una palabra, la religión única y absoluta.

Así se explican las palabras que el Salvador dirigió á su Padre celestial poco tiempo antes de abandonar la tierra: «La vida eterna consiste en conocerte á ti, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú enviaste». ⁽²⁾ ¿Cómo la sabiduría eterna puede proferir estas palabras? ¿Desde cuándo conocer es vivir? ¿Cuántas personas hay que conocen lo verdadero y lo bueno y, no obstante, no conforman con ello su vida! Ahora bien, lo que constituye la diferencia entre la verdad primera, que entraña toda verdad, y toda otra verdad subordinada, que de ella fluye, como el rayo surge del sol, es que todos pueden comprender siempre una de éstas, en su mezquindad, siquiera no la sigan, en tanto que no pueden apropiarse aquélla, si no la reciben por completo, ó, para hablar con más exactitud, si no se entregan por completo á ella con todas las potencias de su alma. No consiste todo en escuchar las palabras de Dios, sino que es preciso ponerlas por obra; entonces se sabrá si vienen de Dios. ⁽³⁾ ¿Pero cuánta mayor aplicación tiene esto cuando se trata de conocer á Dios! «Quien dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es *un mentiroso*, y la verdad no está en él». ⁽⁴⁾ Se conoce menos á Dios con la inteligencia que con el corazón y con las

(1) Véase más abajo, XXI, 5.

(2) Joan., XVII, 3.

(3) Joan., VII, 17.

(4) I Joan., II, 4.

obras. Si el corazón no suscita alguna dificultad contra él, no procederá ésta de ninguna otra parte. Un corazón puro vuela hacia él, una alma pura lo encuentra en sí misma. «Que nadie entienda, pues, conocer á Dios, mientras no le ame y le sirva con todas sus fuerzas». ⁽¹⁾ «Ni con la especulación ni con la discusión encontramos á Dios, sino con la santidad». ⁽²⁾ Y sólo el que le encuentra, puede decir que le conoce.

Así, pues, encontramos la vida en el conocimiento de Dios, porque en él lo conocemos todo desde el primer momento, ya que es la base, el modelo, el fin de todo. Si no le encontramos en las criaturas, y si, por medio de ellas, no aprendemos á conocerle mejor, es que tampoco le conocemos bien. Pero quien le conoce, conoce mejor, por medio de él, cualquier otra cosa. Y el que conoce pocas cosas fuera de él, conoce, no obstante, las suficientes, si le conoce bien, porque conoce todo lo que hace feliz, ⁽³⁾ ya que es imposible conocerle sin amarle. «El que no tiene *este amor*, no conoce á Dios, puesto que Dios es *todo* caridad ó *amor*». ⁽⁴⁾ Aquél, pues, que verdaderamente ama á Dios, le conoce también, á él, al verdadero bien. Conocer la verdad eterna y aprender á conocerla mejor por medio de todas las cosas; amar al soberano bien, y amarlo más porque él solo es digno de amor; tal es la vida. El conocimiento de Dios sirve de base y de clave de bóveda á todo. El que en verdad conoce á Dios, tiene en verdad su vida en él, y sólo el que tiene la vida, esta vida perdurable, conoce verdaderamente á Dios. Allí en donde se carece de esta vida,—la vida de la gracia, la vida sobrenatural, la vida activa, la vida que obra y perdura para la eternidad—faltan también muchas otras cosas al conocimiento para ser verdadero. Por cuanto falta la vida correspondiente, no sólo es falsa, sino defectuosa é incompleta.

(1) Bernard., *In Cantic.*, 8, 9.

(2) Bernard., *Consider.*, 5, 14, 30. *Vig. Nat. Dom.*, 5, 3.

(3) Agustín, *Confess.*, 5, 4, 7.

(4) I Joan., IV, 8.

9. Nuestro Dios, Dios de todos.—Nuestro Dios no existe, pues, para aquél que no ve en él más que una idea muerta, sobre la que quiere ejercitar la penetración de su espíritu, un ser al que sirve tan sólo en momentos de buen humor y en cosas que le placen, á fin de poder llamarse aún su servidor en las horas de apuro. Nuestro Dios es la verdad, nuestro Dios es siempre y en todas partes el solo y único Dios, nuestro Dios es la vida, y, mediante todo esto, nuestra bienaventuranza.

Verdad, pues; verdad del pensar como verdad de la vida; en otros términos, rectitud en la investigación, fe sin falsedad, sinceridad de corazón, serio esfuerzo para agradar á Dios, buena voluntad para todo lo que el deber y el amor nos mandan, y vida, vida fuerte y activa, según su voluntad, no según nuestro capricho, esta es la condición sin la cual uno nunca debe esperar encontrar á nuestro Dios.

Pero para el que se entrega á él con todo lo que tiene, con inteligencia y corazón y toda la acción; para el que quiere vivir para él, nuestro Dios es su Dios, como si fuese únicamente para él solo. La única condición que pone, y de la cual no deroga nada, es que nos entreguemos á él, que vivamos para él, sin desconfiar de él, sin reservarnos nada. No desea nuestros bienes ⁽¹⁾ para darse en cambio á nosotros; sólo nos quiere á nosotros, pero enteramente, en cuerpo y alma, con corazón y boca, con pensamiento, voluntad y acción, sin división, sin partición, completamente y siempre.

Ciertamente que todos los hombres pueden darle todo esto. Por esto es el Dios de todos.

Lo que más arrastra á nuestro Dios es que se da á todos y que no pertenece exclusivamente á ninguno, que está por encima de todos y es para todos.

Otros fundan su orgullo en imaginarse un Dios que es completamente diferente de Aquél en quien cree el resto del mundo, especialmente el mundo de los pequeños, de

(1) Salm., XV, 2.

los pobres y de los fatigados de la vida. Nuestro Dios tiene de propio que es eternamente igual, sin exclusión, sin cambio, sin posibilidad de progreso, siempre el mismo para todos los hombres, para los obreros y para los propietarios, para los grandes y para los pequeños, para los pobres y para los ricos, para las dichosos y para los que sufren, para los inocentes y para los arrepentidos. Por esto no tiene rival. Nadie disputará á este Dios el dominio sobre el mundo, sobre los espíritus y los corazones; á él, que de nada necesita y que es generoso; á él, que se contenta con lo que podemos darle, y aun acepta las cosas más pequeñas, cuando son completas y vivientes; á él, el Dios de la verdad y de amor, del sacrificio y de la vida, en una palabra, el Dios de todos.